

LA IMPORTANCIA DE LA EMPATÍA EN LA COMUNIDAD TEATRAL

POR DULCE MARÍA BAUTISTA SALAS¹

Una persona me dijo alguna vez que el teatro es comunidad.

Desde antes de entrar a la Facultad apreciaba mucho el teatro, porque siempre respeté y admiré la colectividad que conformaban los montajes y la colaboración de los equipos. Con mucha expectativa, deseaba la experiencia de hacer teatro en una verdadera corporación, cuestionándome muchas veces qué significaba esto. Hablé tanto con teatreros jóvenes como con otros con más experiencia; algunos opinaban que hacer teatro implicaba comprometerse a ensayar todos los sábados o estar de acuerdo en seguir a un mismo líder o director, celebrar los cumpleaños de todos o intercambiar energía en círculo antes de una función. Otros pensaban que significaba ir de fiesta, ver el teatro como una excusa para divertirse, para viajar con viáticos de las convocatorias o como un hobby para distraerse un rato del mundo real. Hay de experiencias a experiencias, diversas mentes que pueden ver el espacio teatral de formas muy diferentes. La mía era que en él podíamos encontrar una familia, un lugar donde crear en conjunto, encontrar nuevas formas de expresión, de arte y juego.

Fue entonces, hace casi 3 años, cuando entré a la facultad, que me di cuenta de que *el teatro no espera a nadie*. La creación se ha vuelto —o tal vez siempre fue— un proceso complejo, con múltiples capas, quejas, ambiciones. Vivimos en una sociedad donde en la mayoría de las ocasiones perduran más el individualismo por encima del gusto por compartir y la ansiedad adjudicada a la búsqueda constante de éxito y de competencia. Esto me ha llevado a observar la intensa desconexión presente en toda la comunidad teatral, en alumnos y maestros a veces por igual, dejándonos en un sitio que da lugar a la desmotivación, a la pérdida del gusto por el teatro.

Y me sinceraré al admitir que este descubrimiento fue uno de los múltiples golpes que ha conllevado estudiar artes escénicas profesionalmente, lo cual ha resultado ser de las experiencias más locas, tristes, excitantes y extrañas que podría haber elegido, pero creo que, si bien ha sido algo difícil y desgastante tanto para mí como para muchos de mis compañeros, todos tenemos en común el deseo de lograr proyectos más amenos, donde la convivencia sea parte del proceso, y hemos llorado colectivamente ante la frustración de ciertos trabajos.

No obstante, pese a que en ciertas ocasiones nos hayamos enfrentado a enseñanzas no comprendidas del todo, a veces se ha dado la situación de enfrentarnos a un proyecto grande y ver de primera mano la importancia de escuchar, de comprometerse, de las historias que nos contaron y en el fondo tenían su propósito. Estas lecciones y derrumbes tienden a mostrar ciertos frutos. De vez en cuando, culminan en una concepción más plena del entorno y un entendimiento más claro de lo que implica formar parte de un engranaje escénico, de un equipo donde todos son necesarios y el nivel de res-

ponsabilidad termina por ser igual de importante. No obstante, la carga de trabajo a veces termina por orillar al artista escénico a sucumbir a un desaliento, a la fatiga o crisis de identidad, de visión y de propósito, propias de quienes en un principio veían el teatro como algo “bonito y divertido” o lo veían como algo “fácil, casi natural”, pero no conocían aun lo que implica en su totalidad, lo que significa realmente el teatro más allá de lo apreciable a simple vista, más allá de lograr una escenografía muy pulida y bien pintada, de lograr una estética preciosa o de conseguir más aplausos, reconocimiento o invitaciones para trabajar en otras partes.

El nivel de estrés al final de los semestres desencadena la peor parte de las generaciones. Hay desconfianza que crece, falta de comunicación, todos llevan sus propias luchas, escenas, obras, ensayos e incluso, cuando algunos piden ayuda o se quedan atrás, terminan por ser humillados, ignorados u olvidados. Habitamos pasillos y salones donde siempre hay prejuicios hacia quienes tienen dificultades para mantener el mismo ritmo de trabajo o de memorización, dejando a muchos sintiéndose como un gran silencio en medio de una perfecta sinfonía, que realmente no es más que un caos disonante donde no siempre se puede distinguir una melodía. A veces todos quieren ir rápido y no tienen problema con soltar una, dos, tres veces a quien sea, con tal de seguir avanzando, y si bien esta clase de acciones terminan por ser “comprensibles” hasta cierto punto (en cuanto a supervivencia se refiere), creo que volverlas algo *común* termina por aislar a los artistas y envolverlos en un ciclo de egoísmo, de soledad que entorpece la creación y genera frustración e indiferencia.

Muchos pierden de vista lo realmente importante: el teatro es empatía. Olvidan los mensajes que queremos transmitir, desde el retrato del dolor más puro hasta la risa más genuina, de la conversación que queremos generar, de las historias que queremos visibilizar, de seguir contribuyendo con nuestras obras, monólogos, canciones y escritos a la lucha por *mantener vivas las artes vivas*, de alimentar los tanques de oxígeno que perduran la respiración de los espacios con butacas, donde si tomas asiento puedes presenciar a otros dando pedacitos de su alma justo frente a ti, desgarrándose la garganta, sudando la frente, ignorando sus límites, llorando la tragedia propia y ajena y cansando su corazón, su espalda, sus talones. Como creadores propiciamos emoción, empatía del público hacia nosotros, si no la tenemos en nuestros equipos, ¿cómo tener la confianza y la intimidad de crear en conjunto? ¿cómo decirles a otros que el teatro es comunidad si no somos capaces de expresar en voz alta nuestras inquietudes, nuestras propuestas, nuestros sentimientos? Deberíamos escucharnos, darnos permiso de sentir, de hablarlo con nuestros amigos, compañeros de salón o de generación y ser más empáticos. Todos tenemos vidas fuera del teatro, pero todos tomamos también la decisión de volver a él todos los días.

... ¿cómo tener la confianza y la intimidad de crear en conjunto? ¿cómo decirles a otros que el teatro es comunidad si no somos capaces de expresar en voz alta **nuestras inquietudes, nuestras propuestas, nuestros sentimientos?** ...

¹ Estudiante de sexto semestre de la Licenciatura en Arte Teatral de la Facultad de Artes Escénicas

